



ISLAS, 48(147):172-183; enero-marzo, 2006

Xiomara Núñez
García

*Un poema de Dulce
María Loynaz:
"Últimos días de una
casa"*

La voz de la casa: visión de dos épocas

E

l presente trabajo ofrece la visión de una época determinada — Cuba correspondiente a las primeras décadas de nuestra seudorrepública (1910 y 1920) — desde la literatura, a partir del análisis del poema "Últimos días de una casa" (1958). Este estudio genera una serie de interrelaciones en las que hemos tenido en cuenta el criterio de Edmond Cross al referirse al texto como: "El tejido que transcribe por lo tanto el conjunto de una formación discursiva y no puede ser reducida a una visión del mundo o a una estructura explicativa monosémica" (Cross Edmon; 1997: 25). En el marco de la concepción de Cross se inscribe este poema (que tiene un sentido narrativo), el cual procura mostrar cómo se articula la práctica discursiva con la práctica social, respondiendo a la afirmación de que no hay discurso sin práctica social.

Siguiendo la teoría de Cross estamos en presencia de un texto cultural, porque la casa al narrar sus últimos días ofrece un esquema de naturaleza doxológica, hay un modelo que responde a una época que se retrasmite bajo condiciones diferentes en las que marcas de identificación original han desaparecido, pero cuyo núcleo se mantiene inalterable.

Hay manipulaciones constantes de los objetos que cambian en su devenir y originan una serie de variantes, las cuales refuerzan la inalterabilidad de su núcleo semántico, constituidos a su vez por concreciones semióticas que mantienen entre sí relaciones no sus-

[172]





ceptibles (Cross Edmon, 1997: 27), así la casa y su camino de destrucción encierran el mito del Paraíso Perdido y el mito trágico.

Paraíso Perdido porque en todo el poema se respira una alta espiritualidad y una melancolía. Una simple lectura revela que el amor es el sentimiento rector, sin embargo es la tristeza el estado de ánimo desde el que se sustentan los ejes sémicos fundamentales que se articulan en propuesta poética desarrollada a través de toda su obra, fijados desde su libro *Versos* que marca líneas temáticas que luego serán recurrentes, por ser reveladoras preocupaciones, anhelos y angustias de la poetisa. El elemento referencial al Paraíso se vislumbra desde el inicio del poema y se hace evidente en los versos que transparentan otra época — ya perdida — en la que aparece el interior de la casa donde los pies de sus moradores estaban *yendo y viniendo*; y el exterior en el que se podía ver el mar, o era *otro el aire, los pájaros*. Todo lo que era natural se transforma a los ojos de la casa y solo queda un mundo de *cemento perforado*.

El mito está imbricado en el tiempo, la casa mira y en el crepúsculo insinuado desde lo pasado se cuelan los recuerdos. El mito es necesidad expresiva ante la experiencia, ante la apertura angustiada de otra época que marca la propia incertidumbre de existir, pero este mito que subyace en el texto funciona como metáfora de la escritura, donde el pasado no es solo anhelo sino evidencia de lo inexorable del acontecer del tiempo.

Lo trágico está en la muerte que acecha a través de todo el poema. La experiencia vivida encarna en un espacio conceptual la vida propia, con la añoranza por un lugar perdido, nostalgias de un mundo que sabe del pasar y del morir.

Lo estético en sí, a diferencia de su carácter generalmente afirmativo dentro de una situación de normalidad burguesa, puede agudizar un sentimiento de desacuerdo con el *status quo* nacional. En este poema se percibe claramente una divergencia en lo referente al maltrato de la naturaleza, hay preocupaciones de la casa que tienen que ver con la conservación de un paisaje donde a partir de la intromisión del capital extranjero se tala sin conmiseración árboles para usar los terrenos para la azúcar o el tabaco, sirve, entonces, como estímulo y contexto a la vez, para una concientización personal sobre estos aspectos

Las funciones llamadas catálisis, por su naturaleza complementaria son rellenos, notaciones subsidiarias que se aglomeran alre-

[173]



dedor de un núcleo o de otro, sin modificar su naturaleza alternativa. Estas funciones catálicas dan riquezas al relato, lo hacen cortante y punzante, generando estados de expectativas en el escucha, como lo podemos apreciar en los elementos que describen el estado de ánimo de la casa, al sentir el abandono de sus moradores. Bien podemos advertir en este poema una metáfora de la destrucción de una época, que al calor de una república, dominada política y económicamente por los Estados Unidos, se caracterizó por una actividad política hipertrófica, a modo de mecanismo compensatorio de la falta de una base económica sana (Joaquín Rallo/Roberto Segre: 86:114). Esta exuberancia de la vida política tuvo también su representación en las construcciones y trajo consigo cambios en el medio ambiente natural de La Habana, condiciones reflejadas en el poema con sentido trágico, revelado en la muerte de esa casa, pero lo aciago está cuando se trasciende lo ético y llegamos a lo ontológico: trágico es que los dos polos del conflicto se asientan de manera inevitable: por una parte la incidencia del crecimiento económico debido a los nuevos cultivos sobre todo el del azúcar, que influye poderosamente en la evolución de las ciudades y específicamente de La Habana y por otra parte las consecuencias que este mismo desarrollo establece en el paisaje cubano: la tala indiscriminada de los árboles y la construcción de nuevos edificios. Entre estos dos polos más allá del bien y el mal, de verdad y error, de justicia e injusticia, aparece la muerte, trágica no porque sea triste e inevitable, sino porque es la pérdida total de los valores que presidían una época.

El texto propone una serie de reflexiones que giran sobre el sentir de una casa en sus días postreros, a la vez que dos momentos de nuestra república mediatizada quedan plasmados en el poema, o más bien, los profundos cambios que se generan en un país, determinados por causales económicas que permiten a la burguesía cambiar sus gustos y exponer su importancia a través de suntuosos palacios. Estas transformaciones que generan nuevas costumbres no garantizan una coincidencia entre la heroína (casa) y su entorno, lo que avala a su vez el diálogo entre el tiempo y la conciencia.

Dos postulados teóricos sirven de base al análisis del poema:
a) todas las formas del trazado del sujeto (casa) en una sociedad donde deja su marca.

[174]





b) el conjunto de enunciados o saberes sociales o socializados.

Partiendo del presupuesto de que todo discurso remite a otro discurso, la casa propone un discurso conmemorativo en el que afloran hechos pasados, pero a la vez el comportamiento de una clase social dada: sus costumbres, y tradiciones emergen en el discurso representando su *status* en un momento específico de la historia de Cuba.

El discurso del poema enfrentado a lo real ya no habla de especificidades, sino de una multiplicidad de saberes de gente que respecto a lo mismo se comportan de diferentes formas en distintos tiempos y de la diferencia de los mismos lugares. El tiempo permite la permeabilidad del discurso, la modificación constante de la fluencia discursiva.

Lo que se dice solo puede definirse en función de una clase en una sociedad dada. Esto produce una extensión discursiva e imaginaria polifonía en la superficie, porque las voces solo tienen que ver con una clase social en ascenso y nada tiene que ver con otros discursos pertenecientes a otras clases..

Los enunciados del poema que aceptan, divergen, critican, están sujetos a dos principios:

1. Son producto de la construcción de un sujeto (casa).
2. Están conformados por la doxa social que lo instituye.

Marc Argento (1985: 16) señalaba “que más allá de la diversidad de los lenguajes que se ponen en funcionamiento en una sociedad dada, se deben identificar las dominantes interdiscursivas, manera de conocer y de significar lo conocido propias de cada sociedad que regulan y trascienden la división de los discursos establecidos”. En este sentido el poema recoge varios discursos encaminados a reproducir el sentir de una casa, erigida en sujeto, que comunica lo vivencial de una clase social determinada y contribuyen a producir un imaginario social, pues al ofrecer figuras de la identidad, la sociedad viene al texto en su devenir histórico.

Hay una instancia del discurso ocupada por el “yo” que a partir de su subjetividad clama por una emergencia necesaria. Es el estatuto lingüístico del poema quien determina la subjetividad del sujeto hablante (casa), testimonia la realidad, y expone su desvanecimiento, y muestra una realidad otra.

La red de los signos organizados según líneas de sentido y trazados ideológicos profieren su propia subjetividad. De esta manera en el poema se conforman dos momentos culturales perte-

[175]



necientes a diferentes épocas: uno que el sujeto casa recuerda y tiene que ver con una época con determinado contexto cultural, otro que propone un presente con nuevos valores culturales.

Los que habitan la casa viven esos dos momentos en el mismo lugar, ellos no hablan en el poema, conocemos de sus actos por lo que el sujeto casa dice, lo que solo puede definirse en función de lo que no se dice. Los que ya no habitan la casa no dicen nada, solo buscan algo que no hallan.

El poema está conformado por múltiples voces. Estas voces no son solo palabras sino un conjunto interrelacionado de creencias, normas que conforman una ideología. De ello deducimos que el poema está compuesto por una serie de palabras cargadas de valores. El texto es, justamente, el espacio de cruce entre el sistema ideológico del sujeto creador y el sistema lingüístico. Un análisis translingüístico, es decir, un análisis que descubra la polifonía en el conjunto de voces, advierte el transcurso del tiempo a la vez que vislumbra relaciones lógicas derivadas de las relaciones dialógicas que el sujeto lírico establece con el lector.

El signo que constituye el poema en su totalidad no es inocente, sino que es un fenómeno complejo que refleja y refracta la urdimbre social y en este caso se presenta como todo signo móvil inacabado, abierto, dinámico, capaz de generar nuevas informaciones a diferentes receptores.

En el poema que analizamos la aparente sencillez es un camino de ida para el lector, que pone de manifiesto, y en juego, los recursos semióticos, estilísticos y semánticos textuales. Al interactuar todos ellos y por su propia dinamicidad interna van definiendo la naturaleza de su propia construcción, es decir se entretejen y muestran una imagen altamente significativa. La puesta en discurso de los primeros enunciados aparecen en función de los subsiguientes elementos compositivos textuales, ponen en sobreaviso el mecanismo regulador (articuladores) del conjunto semiótico y semántico que interactúan acompasadamente. Estos elementos, y además sus articuladores, autogeneran un universo formal y mental que tienen la virtualidad de ejecutarse y re-ejecutarse-realizarse cada vez que un lector acciona ese mecanismo inicial, inscrito en esos primeros elementos enunciativos del texto:

[176]



No sé por qué se ha hecho desde hace tantos días
Este extraño silencio

Estos versos como componentes iniciales textuales ubican al lector en una atmósfera disolutiva, en la que algo está por ocurrir, porque desde la autenticidad testimonial el poema se revela como retazos de una apasionada biografía que va encontrando su forma y su clave entre los versos.

A esta unidad formal le sigue un universo semántico que abre el texto a diversas lecturas desde el ámbito que supone la propia casa y desde el discurso dominante que refleja una época determinada y cierta clase social (burguesía). Ese silencio que abre el poema es determinante en la estructuración del texto como urdimbre formal y discursiva. Primero será muestra de un simple presentimiento, después es certeza que se va haciendo más cruel en la medida en que se compara con otros tiempos y finalmente el silencio desaparece para dar paso a Tánatos, silencio eterno que se representa paradójicamente en ruidos que comunican destrucción.

Entre las cualidades generales del poema que nos ocupa, cabría destacar su sensibilidad estética, su especial sentido del ritmo, y una especial unidad de sentimiento entre lo leído, lo contemplado, y lo vivido que dota al poema de una singular textura artística. Siempre la sensibilidad va ligada al sentimiento, por eso este poema es un proceso que se recrea con cada acto de lectura (diverso, múltiple, multiforme) de modo que estamos frente a una poderosa re-creación en la que prima una fuerte unidad del mundo representado.

Es desde la voz poética, una poesía que se adentra en la experiencia vivencial de un yo (casa) personificado, lo que produce una curiosa escisión entre el yo escénico que asume la voz que se pregunta y reflexiona y el silencio de los otros que abandonan la casa en la cual vivieron días felices. Si pensamos en una clave de lectura hay que pensar en el contrapunto de diferentes posiciones que lleva al lector a interrogarse sobre ¿cuál será el motivo más revelador en la estructura significativa del texto, el rechazo al proceso civilizatorio o la pérdida de la espiritualidad y el amor a los recuerdos? ¿Destruye el decursar del tiempo la sensibilidad?

En el poema que analizamos hay una voz, la del sujeto lírico (casa) que habla de temores presagiados por un silencio anunciador de catástrofe, marcas evidentes de esta afirmaciones es ese

[177]



silencio sin perfiles, sin aristas/ que me penetra como agua sorda.//Como marea en vilo por la luna/. Los signos alusivos al silencio no se refieren al significado semántico de la palabra sino más bien a la dimensión connotativa del signo /silencio/ modificado por esos complementos preposicionales /sin perfiles/, /sin aristas/ o la connotación del agua sorda que penetra a ese sujeto (casa) o /la marea en vilo por la luna/ que establecen el principio de actualización que habremos de emplear en nuestra lectura del texto, de forma que al pasar a los siguientes versos los tenemos que interpretar en ese mismo sentido. Es decir, como la visión de una época que perece bajo el empuje de otra que implanta en los hombres una nueva forma de mirar el mundo y un nuevo comportamiento humano.

Desde el comienzo se refiere una historia que remite a sentimientos profundos en los que se percibe el sufrimiento por algo que se va perdiendo. Ubicado el relato en el presente se yuxtaponen diferentes estados de ánimo que provocan el silencio, al mismo tiempo que nuevas ansiedades se relatan /para salir a flote y respira/ /de nuevo aire puro/. A partir de la tercera estrofa asoma el recuerdo y surgen otras voces la del /...piano crecido en la alta noche/ /las risas y los cantos de los jóvenes/ /y aquella efervescencia de la vida/ /que ha borbotado siempre en mis ventanas/.

El yo que se constituye y afirma a lo largo de todo el poema, se relaciona con los otros (las nuevas casas, los otros que vivieron en ella, los que llegan después para destruirla), se mira al pasado con nostalgia. Ciertamente el discurso poético se conforma a través de estas dos categorías porque como señala Bajtin: "El yo y el otro son las principales categorías axiológicas que por primera vez hacen posible cualquier valoración real" (Mijail Bajtin, 2000:172). Partiendo de este postulado el texto propone el ser de la casa pero a partir de lo que significa para el otro y en ese sentido el lector también se involucra con el sentir de la casa, en su necesidad de recuperar su territorio e ir al rescate de su verdadera identidad. La urgencia de reafirmación, de inscripción, es un ideograma muy importante en el poema, todo el discurso gira en consonancia con el rescate de una identidad que siente perdida. Poco a poco el sujeto lírico (casa) siente su desvanecerse, lo que en un principio es simple intuición, posteriormente se confirma en dos aspectos fundamentales: la quiebra de los valores espirituales que implican tradiciones, recuerdos, costumbres;

[178]





y la pérdida de la propia identidad. Podemos hablar de identidad porque el poema trata de producir para el futuro un relato que aborda el pasado; gira siempre en torno a lo narrativo, historias que cuentan un pasado mejor —ahora perdido— no solo la casa está desdibujando su identidad, los hombres que la habitan ya no serán los mismos al olvidar el sitio en que han vivido durante varios años. Declaración que enuncia un concepto, una expresión sentenciosa, en la que el discurso se humaniza más, la casa —sujeto femenino— es parte misma del hombre, y el hombre es la propia casa.

El poema construye una identidad que como las tradiciones se inventa (Jorge Marturano, 2001:123) a la vez que constituye articulaciones ideológicas, puntos de encuentro o de intersección entre discursos, el de sujeto lírico, y el de sus recuerdos en el que la arquitectura conservadora del paisaje juega un papel importante. Como en *lontananza* con un tono de nostalgia y tristeza el sujeto lírico nos expresa cómo cambian las casas que lo rodean.

Y en esa visión cargada de gran elocuencia la casa se ve a sí misma con los ojos ajenos que representa el proceso civilizatorio, sin duda, el discurso poético del sujeto lírico nos ofrece la alteridad, la otredad que representan las intrusas, las que se han alzado desapareciendo a las *hermanas*. Paradójicamente esto nos remite al juego acerca de la identidad y la diferencia, de lo mismo y lo otro en relación con lo que representa esa casa vieja, en cuanto a tradición, época y lo nuevo que se construye. La reflexión plasmada acerca de la otredad se construye a partir de esa visión nostálgica que deja en lo viejo la entrada de lo nuevo en la que el yo, representado por esa casa, que ha perdido su vigencia, para dar paso a lo otro, lo diferente, se impone. Toda valoración real debe hacerse, entonces, a partir de esas principales categorías axiológicas. De manera que ante los ojos del lector se descubre un mundo cimentado en valores que caducan y un mundo que implanta nuevas valías. Todo el poema establece un diálogo entre la significación que adquirió para los hombres que la habitaron en un momento determinado y lo que significa en el momento que está destinada a perecer. Esta primacía dialógica es de gran importancia en el aspecto comunicativo porque como plantea Bajtin: “La única forma adecuada de la expresión verbal es el diálogo inconcluso. La vida es dialógica por naturaleza....(<http://www.memoria.com.mx/143/Pena/>)

[179]





El diálogo que la casa establece resulta conmovedor porque se asienta en el claroscuro de la soledad y la intimidad del hombre. Nada escapa a la mirada vigilante del tiempo, gracias al poder del lenguaje el sujeto lírico amalgama, modela y anima la materia prima que le proporcionan, por un lado el mundo exterior, representado por esas casas que surgen a su alrededor y, por el otro, su mundo interior poblado de ausencias, sueños y añoranzas; sensaciones y pensamientos; placeres y dolores y principalmente nostalgias por algo que se escapa, que puede significar destrucción.

Cabría preguntarse en qué medida la realidad es tematizada, representada, semiotizada, por ese yo lírico que se sitúa en dos momentos de la sociedad: por una parte hay un espacio ideológico que pretende normatizar un *status quo* en el que priman los valores espirituales, cuyas marcas están explicitadas por el lenguaje y ciertas prácticas discursivas.

Irrumpe en esa sociedad el mundo de las nuevas estructuras, y el sujeto, instalado en un tiempo presente que impone nuevos conceptos en la arquitectura, se siente perdido porque lo nuevo establece carencias. Circulan en el texto varios discursos, el del pasado recordado en la nostalgia y el presente que impone nuevos cánones, encuentro de dos momentos, situados en tiempos diferentes e indicadores del espacio que se presenta con escaso sol y sin el canto de las aves. En la medida en que avanzamos en la lectura del poema — como receptores — se van imbricando en su decursar dos mundos que corren en forma paralela: uno recordado en lontananza, otro vivido en el presente; uno es llama, el otro es espejo, pero son llamas y espejos refractados porque no dan si no una y única imagen: la de destrucción: *me siento ya una casa enferma, / una casa leprosa/*.

Cabría preguntarse qué es lo que define la identidad, el pasado o el presente. La casa desgajada de su origen — tiempo pasado — con otros valores que se mantienen a través del recuerdo o el nuevo contexto que propone otra forma de mirar el mundo.

En primer lugar debemos detenernos en los criterios que Sergi Valera arroja sobre las relaciones entre el significado simbólico del espacio urbano y los procesos de identidad social: “La identidad social también puede derivarse del sentimiento de pertenencia o afiliación a un entorno concreto, significativo, resultando entonces una categoría social más (Aragonés, Corraliza, Cortés, y Américo, 1992). Por otro lado, desde la perspectiva del

[180]





interaccionismo —y en el sentido simbólico, todos los objetos— y en el sentido que da Blumer (1969) al término “objeto” pueden incluirse tanto los espacios como también las categorías sociales, adquieren su naturaleza ontológica a partir de los significados conferidos por individuos y grupos o, en terminología de Berger y Lutman (1966) pueden ser considerados construcciones sociales o grupos. En este sentido resulta interesante la afirmación de Stoezel “La idea que el contorno físico del individuo está enteramente transculturado a la sociedad de la que forma parte y que describe al mundo físico tal y como es percibido en el seno de una sociedad y como objeto de conductas de adaptación a la misma equivale a describir la cultura de esta sociedad (Stoetzel, 1966: p 66) (Sergi Valera www.ub.es/escult/valera.cap1.htm)

El entorno es, por tanto, un producto social y es como propone Stokols un elemento más de la interacción (Stokols 1990).

Teniendo en cuenta estas aseveraciones percibimos en el poema una relación entre la casa —erigida en sujeto actante— y el marco físico en que se encuentra enclavada, un verdadero diálogo simbólico en el cual el espacio trasmite unos determinados significados socialmente elaborados que ella reinterpreta y reelabora en un proceso de reconstrucción que enriquece a ambas partes. Esta relación de carácter transaccional constituye las bases de la identidad nacional asociada al entorno.

Si partimos del concepto de Tajfel sobre identidad social: “es aquella parte del autoconcepto de un individuo que se deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo o grupos sociales juntamente con el significado valorativo y emocional asociado a esta pertenencia (Tajfel, 1981: 92) dentro de esta definición podemos considerar incluido el entorno, de manera que la identidad social de esta casa también puede derivarse del conocimiento de pertenencia al entorno. a la par con el significado valorativo y emocional asociados a esa pertenencia.

La visión negativa que percibimos —como lectores— a través de la subjetividad del discurso evidencia la no aprobación de ese nuevo entorno, que se le antoja al sujeto lírico frío, sin matices, sin la belleza natural de la naturaleza, hay un pensamiento ecológico que conjuga la pérdida de la esencia misma de la casa con el extravío del mundo natural, la mirada del sujeto lírico es a la vez crítica y sumamente sufrida. Nuevos valores constru-

[181]



yen nuevas interrelaciones entre las producciones de sentido y la conformación de las subjetividades, es decir nuevas configuraciones imaginarias vinculadas a escenarios propios de una sociedad y un momento histórico definido.

En la serie de objetos que el poema nos presenta “no solo aparecen los sustantivos, sino también sus atributos pasados, transidos de historia pequeña y familiar que en el caso del *gran espejo con dorado marco* llega a deslizar como reminiscencia esas imágenes guardadas —en revelador gerundio— *bajo un formol de luces melancólicas*” (López: 365). Sabemos que los objetos que configuran nuestro mundo son considerados como tales cuando los seres humanos son capaces de dotarlo de un significado y que este significado es un producto socialmente elaborado a través de la interacción simbólica (Blumer, 1969; Stryker 1983). Así cualquier entorno urbano debe ser analizado como un producto social antes que como una realidad física (Rapoport, 1977).

La mentalidad moderna distingue entre hombre y naturaleza y asume, como lo hace “la casa”, que en la relación de aquel con esta no debe haber problematización alguna, sin embargo siente una necesidad inmediata de recobrar su paisaje que la modernidad oculta. La esencia humana de la naturaleza y la esencia natural del hombre se identifican con la naturaleza en su estado puro. La instalación del progreso produce un estado de insatisfacción en el sujeto lírico. Ese sentimiento negativo ante un mundo nuevo que no se ajusta a sus cánones brota de manera incesante en el poema, de manera que dos mundos se oponen, pero cada uno tiene en el poema explícitamente sus características: uno en que prima la naturaleza, la belleza, la risa sana, la alegría del piano, los recuerdos guardados en gavetas, los grandes espejos; mundo en que lo sublime tiene su asiento; otro en el que prima la frialdad del cemento, donde los muertos se velan en lugares creados para ello, donde existen casas para nacer y donde ningún acto humano o divino deja su huella.

Bibliografía

- Adorno, T. (1978): *Notas sobre Arte y Literatura*, Editorial Alfa, Barcelona.
Domin, H. (1986): *¿Qué es la literatura?*, Editorial Alfa, Barcelona.
Bajtín, Mijail (2000): *Yo también soy*, Taurus, México.

[182]



- _____: (1982): *Estética de la cración verbal*, Siglo XXI, Editorial Deras, Buenos Aires, Argentina.
- _____: (2000): www.memoria.cara.mx/143/Pena
- Berger, Peter y Thomas Luckman: (1984): *La construcción social de la realidad*, Amoroitur Editores, Buenos Aires.
- Cross, Edmon (1997): *El sujeto cultura: Sociocrítica y Psicoanálisis*, Buenos Aires.
- López, César (1991): "Días en la casa de la poesía", en *Valoración Múltiple*, pp. 354-384, Edición Casa de las Américas, Editorial Letras Cubanas, La Habana.
- Marturano, Jorge.(2001): "Identidad y Crisis de futuridad en Memorias del subdesarrollo", en *Revista Casa de las América* (22) de enero-marzo.
- Morales y C. Hais (1989): *Lecturas de psicología social*, Madrid.
- Paz, Octavio (1990): *El Arco y la lira*, México.
- Rallo, Joaquín; Roberto Segre: *Introducción histórica a las estructuras territoriales y urbanas de Cuba*, ISPJAE. Facultad de Arquitectura.
- Sabrosky, Eduardo (compilador) (1992): *Tecnología y Modernidad en Latinoamérica, ética, política y cultura*, Ilet-Corfo. Hackette, Chile.
- Stolke, V. (1994): *Europa, nuevas fronteras, nuevas retóricas de exclusión en Paraíso*, Edit. Virus, Barcelona.
- Tajfel, H. (1981): *Grupos humanos y categorías sociales*, Herder, Barcelona.
- Varela, Sergi (1994): "El concepto de identidad social urbana. Una Aproximación entre la Psicología Social y la Psicología Ambiental", *Anuario de Psicología*, 62(3).
- _____: (1996): "Análisis de los aspectos simbólicos del espacio urbano. Perspectivas desde la Psicología ambiental", *Revista de Psicología Universitas. Terraconensis* 18(1)
- _____: <http://www.ub.es/escult/valera/CAPIT3>.